

Los prodigios de Asclepio



 colección
Gigantes

Jessica Mazuelas Fernández

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.»

© del texto: Jessica Mazuelas Fernández

© diseño de cubierta: Kivir ediciones

© de esta edición: Kivir ediciones

info@kivirediciones.es

www.kivirediciones.es



Impreso en España

Primera edición: febrero, 2021

ISBN: 978-84-123054-1-8

¶ Prefacio

El silencio inundaba por completo la sala del hospital, dejando incluso que el segundero del reloj de pared aumentase el martirio de los presentes con su desesperante ritmo. De pronto, el matrón apareció por el pasillo con respiración jadeante.

—¿Familiares de Lía Scott?

—Sí, yo soy su marido —dijo un hombre levantándose sobresaltado—. ¿Ocurre algo? ¿Va todo bien?

El sanitario lo apartó a un rincón para tener mayor privacidad.

—Lamento decirle que no... Han surgido unas complicaciones y...

—¿Complicaciones? ¿Cuáles? Quiero ver a mi mujer —afirmó alborotado.

—No puedo explicarle nada más. Por favor, sígame, señor...

—Soy el señor Morel. —Se presentó mientras caminaba apresurado.

Lo siguió atónito y pensativo por la respuesta tan alarmante y misteriosa, observando la tenebrosa zona de maternidad, con luces blancas parpadeantes, paredes desconchadas y esos sonidos arrítmicos que creaban las puertas por las corrientes de aire. Sin previo aviso, el sanitario se paró en seco delante de la sala de control.

—Aguarde un segundo aquí, por favor —dijo sin tan siquiera mirar atrás.

El hombre ni contestó. Mientras esperaba, una puerta entreabierta llamó su atención y se asomó sigilosamente. Ahí estaba Lía. Haciendo caso omiso a las indicaciones, entró en la habitación y un escalofrío se aferró a su cuerpo, paralizando todas sus articulaciones al ver la cantidad de batas blancas que rodeaban la cama.

—Ven, Uriel. Agárrame fuerte la mano y no me sueltes —llamó Lía con la voz entrecortada.

El médico lo miró y, tras un carraspeo, su voz de implacable autoridad informó del diagnóstico.

—Su mujer padece una enfermedad hematológica. Es un trastorno en la función plaquetaria y, en un estado de treinta y siete semanas de gestación, pelagra tanto la vida del bebé, como la de la madre. Siento comunicarle que deben tomar la dura decisión de a quién debemos atender...

—¿Cómo dice? ¿Cómo que debemos elegir salvar una vida...? —preguntó soltando la mano de Lía y desplomándose de rodillas en el frío suelo de baldosas.

—Lo lamento, pero ahora no proceden las explicaciones. Cuanto antes lo piensen, mejor. No hay tiempo que perder. Les dejaremos solos para que hablen y tomen una decisión.

El resto de enfermeros, sin levantar las miradas, fueron saliendo de uno en uno de la habitación. En cuanto se quedaron a solas, el silencio se apoderó de ellos y tan solo se miraban con los ojos inundados de dolorosas lágrimas, sin saber qué decir. Lía, débil, agarró su húmeda cara y susurró...

—Amor, perdóname por todo.

—No digas bobadas, esto no es cosa tuya. Es el maldito destino, que nos ha puesto la prueba más dura y cruel que hay en la vida.

—Soy incapaz de pensar, la tristeza me asfixia. No puedo tomar ninguna decisión... Me siento vacía, rabiosa, impotente... —confesó rompiendo a llorar sin consuelo.

«No sé cómo calmarla, tengo la necesidad de decirle todo lo que guardo en mi corazón. Quizá esté igual o peor que ella, pero debo mantenerme fuerte para apoyarla», pensó el señor Morel.

—¡Te amo, Lía! Eres todo para mí y me tendrás siempre a tu lado. Desde el primer día en que te vi, supe que eras mi mitad, mi amiga y fiel compañera de batallas. Daría mi vida por ti... —Emocionado, la besó tiernamente en los labios secos y agrietados.

—Yo también te amo, Uriel. He sido la mujer más feliz del cosmos a tu lado. Gracias por cada detalle, cada superación, cada día que